

tengo el menor deseo de volverme loco. Si carezco de la fuerza moral necesaria para contemplar fría y filosóficamente lo que rebasa el alcance de mi entendimiento, peor para mí; ¿a qué presumir de una serenidad que me falta? Empecé burlándome, llamé y provoqué la aparición, riéndome. La aparición se presentó. ¡Muchas gracias! me basta con una vez, no me volverán a coger por allí.

Puede creerse que me impresioné vivamente por lo que estaba oyendo. El padre ponía en su discurso una buena fe evidente. No se creía perseguido por una manía. Desde la emoción sufrida en el *cuarto de las damas*, no había vuelto a soñar en ellas, no había vuelto a verlas. Añadía que estaba bien seguro de que las sombras no le hubieran hostilizado ni perjudicado en modo alguno, si hubiera tenido el valor necesario para examinarlas.

—Pero no lo he tenido—concluyó;

—pues casi perdí el conocimiento, y al verme tan necio, dije: «Profundice el misterio quien quiera, yo no me encargo de esto. No soy hombre a propósito para tales cosas».

Interrogué al padre minuciosamente. Salvo ligeros detalles, su visión había sido parecida a la mía. Hice un gran esfuerzo sobre mí mismo para que no presumiese la semejanza de nuestras aventuras. Sabía que era demasiado parlanchín para guardar inviolablemente el secreto, y temía a las burlas de la señora de Ionis más que a todos los demonios nocturnos; guardé, pues, mi compostura ante todas las preguntas del padre, asegurándole que mi sueño no había sido turbado por nada; y cuando, a las once de la noche, llegó el momento de volver a la habitación fatal, prometí a la viuda muy alegremente que tomaría buena nota de todo cuanto soñase, y me despedí de la sociedad con aire valiente y jovial.

Nada de esto sentía, sin embargo. La presencia del cura, la cena y la velada a la vista de la viuda, habían puesto a la señora de Ionis más reservada de lo que lo había estado conmigo a la hora del almuerzo. En cada una de sus alusiones a nuestra rápida y cordial intimidad, parecía decirme también: «¡Ya sabe usted con qué condición se la he concedido!» Estaba descontento de mí mismo: no había sabido ser ni bastante sumiso ni bastante intransigente. Parecíame haber sido desleal a la misión que mi padre me había confiado, y esto sin provecho para mis quimeras amorosas.

MI  
CAPITULO  
Mi melancolía interior se reflejaba sobre mis impresiones, y encontré sombría y lúgubre mi habitación. No sabía qué pensar de la razón del padre ni de la mía propia. A no ser por la pícaro vergüenza que sentía, hubiera pedido que me alojasen en otra parte, y tuve un movimiento de verdadera có-

lera cuando vi entrar a Bautista con la maldita bandeja, la cesta, los tres panes y toda la ridícula impedimenta de la víspera.

—¿Qué es eso?—díjeme con mal humor.—¿Estoy hambriento acaso? ¿no acabo de levantarme de la mesa?

—Es verdad, señor—contestó.—Encuentro todo esto muy extraño... La señorita Ceferina es quien me ha encargado que se lo traiga. Bien le he dicho que usted pasa las noches durmiendo, como todo el mundo, y no, comiendo; se ha reído y me ha contestado: «No importa, lléveselo, es la costumbre de la casa. Eso no estorbará a su señor, y ya verá usted como lo recibirá con gusto en su cuarto».

—Pues bien, amigo, hazme el favor de volver a llevártelo a la despensa sin decir nada. Necesito la mesa para escribir.

Bautista obedeció. Me encerré y me acosté después de haber escrito a mi

padre. Justo es decir que dormí perfectamente, soñando sólo en una dama : la señora de Ionis.

Al día siguiente se repitieron a más y mejor las preguntas de la viuda. Cometí la grosería de declarar que no había tenido sueño alguno digno de mención. La buena mujer se contrarió por ello.

—Apuesto—dijo a Ceferina,—a que no colocó usted la *cena de las damas* en la habitación del señor Nivieres.

—Dispéñeme, señora—respondió Ceferina mirándome con expresión de reproche.

La señora de Ionis pareció también decirme con la mirada, que era poco atento. El padre exclamó ingenuamente :

—¡ Es singular ! ¿ será a mí solo, a quien suceden estas cosas ?

Marchóse después del almuerzo, y la señora de Ionis me citó a la una en la biblioteca. A mediodía me encontra-

ba allí ; pero me envió a Ceferina para decirme que, habiendo llegado visitas inoportunas, me rogaba que tuviese paciencia. Era esto más fácil de pedir que de obtener. Aguardé ; los minutos me parecían siglos. Preguntábame cómo había podido vivir hasta entonces sin aquella entrevista que llamaba ya *cotidiana*, y cómo viviría cuando no tuviera la ocasión de aguardarla. Buscaba qué medios emplearía para hacerla necesaria, y, resuelto por fin a retardar con todo mi escaso poder la solución del pleito, inventé mil subterfugios desprovistos de sentido común.

Entre mis paseos agitados por la galería, deteníame de cuando en cuando delante de la fuente para sentarme a veces en sus márgenes llenas de magníficas flores artísticamente dispuestas en las hendiduras del tosco peñasco sobre el que se había levantado el mármol blanco. Esta rústica base daba mayor finura a la obra del cincel y permi-

tía hacer caer el agua de los pilones en forma de brillantes cristales hasta el interior de los recipientes inferiores, adornados con plantas fontanales.

Aquel lugar era delicioso, y el reflejo de los cristales de color que cubrían la ventana, daba en algunos momentos a las figuras fantásticas de la estatuaría, matices cambiantes y apariencia de vida.

Miré a la nereida con nueva sorpresa, con la sorpresa de encontrarla hermosa y de comprender por fin el elevado sentido de aquella misteriosa belleza.

No pensaba ya en juzgarla a favor de la de la señora de Ionis. Sentía que es pueril toda comparación entre cosas y seres que no guardan ninguna relación. Aquella hija del genio de Juan Goujón era bella por sí misma. Su rostro tenía una dulzura sublime. Parecía comunicar al espíritu un sentimiento de reposo y bienestar análogo

a la sensación de frescura que causaba el murmullo continuo de aquellas aguas límpidas.

Llegó, por último, la señora de Ionis.

— Hay novedades — me dijo sentándose familiarmente a mi lado; — mire usted qué extraña carta he recibido del señor de Ionis...

Y me la enseñó con un abandono que hubo de conmoverme vivamente. Me indigné contra un marido cuyas cartas a una mujer como aquella podrían ser mostradas sin turbación al primer llegado.

La carta era fría, larga y difusa, la letra delgada e insegura, la ortografía muy dudosa. Hela aquí, en resumen:

«No debes tener escrúpulo en llevar las cosas hasta el fin. Yo no lo tengo de ningún modo en invocar la más rígida legalidad. Me niego a todo arreglo distinto del que he propuesto a los de Aillane, y quiero ver el término de este pleito. Cuando se haya ga-

nado, serás libre de tenderles una mano caritativa. No me opondré a tu generosidad; pero no quiero compromisos. Su abogado me ofendió en la defensa, en primera instancia, y la apelación que han interpuesto es una presunción que no tiene nombre. Encuentro al señor Nivieres muy dormido, y en el correo de hoy le manifiesto cuánto me disgusta por ello. Muévete por tu parte, estimula su diligencia, a no ser que recibas alguna orden superior de las... Sabes lo que quiero decir, y me admira que no me hables de lo que ha podido ser observado en el cuarto de las... desde mi partida. ¿No hay nadie que tenga el valor de pasar una noche en él y de escribir lo que oiga allí? ¿Será necesario contentarse con las aserciones del padre Lamyre, que no es hombre serio? Procura conseguir que una persona *digna de fe* intente esta prueba, a menos que tú misma tengas el valor de hacerlo, lo que no me sorprendería.»

Al leerme esta última frase, la señora de Ionis soltó la carcajada.

—¡Encuentro admirable al señor de Ionis!—dijo.—Me lisonjea para inducirme a una prueba a la que por su parte nunca ha querido someterse, y se indigna por la cobardía de las personas a quienes no se decidiría por nada a dar el ejemplo.

—Lo que encuentro más notable, en todo esto—dije,—es la fe del señor de Ionis en estas apariciones y su respeto por las sentencias que les cree capaces de pronunciar.

—¡Ya ve usted—contestó,—como éste era el único medio de doblegar su rigor para con los pobres de Aillane! ¡Se lo he dicho, vuelvo a decírselo y no quiere usted prestarse a ello, siendo tan buena la ocasión! Puesto que la fe en las *damas verdes* es tan firme, ¡no se va a llegar, supongo, a pedirle su palabra de honor!

—Paréceme, por el contrario, que

me vería obligado a desempeñar en esto, seriamente, el papel de impostor, ya que el señor de Ionis pide la aserción de una persona *digna de fe*.

—¡Y además, temería usted el ridículo, las censuras y las bromas que no dejarían de dirigirsele! Pero yo podría responderle del silencio absoluto del señor de Ionis en este asunto.

—¡No, señora, no! no me asustarían ni el ridículo ni las censuras, desde el momento en que se trataría de obedecerla. Pero usted misma me despreciaría si mereciese esa censura por un juramento en falso. ¿Por qué no intentamos inducir a los de Aillane a una transacción honrosa para ellos?

—Bien sabe usted que la que propone el señor de Ionis, no lo es.

—¿No espera usted modificar sus intenciones?

Movió la cabeza y calló. Era tanto como decirme elocuentemente qué hombre sin corazón y sin principios era

aquel marido, indiferente a tales encantos y entregado a todos los desórdenes.

—Sin embargo—repuse,—la autoriza a usted a ser generosa después de la victoria.

—Pero ¿con quién se figura tratar? —exclamó sonrojándose de cólera.— Olvida que los de Aillane son el honor personificado y que jamás recibirán a título de gracia y de beneficio lo que la equidad les hace considerar como legítima propiedad de su familia.

Sorprendióme la energía que puso en esta respuesta.

—¿Está usted, entonces, muy relacionada con los de Aillane?—le pregunté.

—No lo creía así.

Volvió a sonrojarse y contestó negativamente.

—Nunca he tenido grandes relaciones con ellos—dijo;—pero somos parientes bastante cercanos para que su honor y el mío no formen más que uno

solo. Tengo la certeza de que la voluntad de nuestro tío era legarles su fortuna. Y tanto es así, que habiéndose casado conmigo el señor de Ionis, por lo que se llamaba mi hermoso rostro, no supo hacerse agradable y me buscó una herencia intentando hacer casar ese testamento por quebrantamiento de forma.

Y luego, añadió:

—¿Conoce usted algún de Aillane?

—He visto al padre con frecuencia, a los hijos nunca. El hijo es oficial, no sé en qué guarnición...

—En Tours...—dijo vivamente.

Y en seguida añadió con mayor viveza:

—Según creo, por lo menos.

—¿Y no dicen que es muy guapo?

—Se dice. Yo no le he conocido más que cuando era un niño.

Esta contestación me tranquilizó. En un instante, había cruzado por mi mente la idea de que aquel desinterés mag-

nánimo de la señora de Ionis podía recibir su gran fuerza de una pasión por su primo de Aillane.

—Su hermana es encantadora—dijo, —¿la conoce usted?

—Nunca la he visto. ¿No está aún en el convento?

—Sí, en Angers. Aseguran que es un ángel. ¿Quedará usted contento cuando haya conseguido hundir en la miseria a una hija de buena casa, que tenía el mejor derecho para contar con un matrimonio honroso y con una vida conforme a su rango y a su educación? Este es el gran dolor que espera a su pobre padre. Pero, vamos a ver, comuníqueme sus recursos, pues usted ha buscado y encontrado algo ¿no es verdad?

—¡Sí!—respondí después de haber reflexionado como se puede reflexionar durante la fiebre,—sí, señora, he encontrado una solución.